

LA GRECIA ANTIGUA SEGÚN PIERRE DE COUBERTIN: ENTRE REALIDAD Y REPRESENTACIÓN IDEAL

ANCIENT GREECE BY PIERRE DE COUBERTIN: BETWEEN REALITY AND IDEAL REPRESENTATION

Rosella Frasca

Università degli Studi di L'Aquila - Italia
(rsfrasca@tin.it)

Resumen:

El presente texto hace un recorrido por el pensamiento de Pierre de Coubertin, destacando su papel como pedagogo y la importancia de las raíces del mundo clásico en su obra. Se incide en su entusiasmo por el modelo pedagógico anglosajón y la incompreensión de lo que para él suponía el verdadero significado del Olimpismo. Por último, se hace referencia a la atención 'estética' que el barón otorga al cuerpo.

Palabras clave: Coubertin, Olimpismo, estética, cuerpo.

Abstract:

This text takes us through the thought of Pierre de Coubertin, highlighting its role as educator and the importance of the roots of the classical world in his work. It explains his enthusiasm for the Anglo-Saxon pedagogical model and the misunderstanding of, what he considered, the true meaning of Olympism. Finally, it is pointed out the 'aesthetic' attention that the Baron gives to body.

Keywords: Coubertin, Olympism, aesthetic, body.

1. Estetización del deporte y reconstrucción ética del cuerpo

¿Quién fue, en realidad, el barón Pierre Fredy de Coubertin? Su actividad infatigable, destinada a promover y difundir la pedagogía del Olimpismo, lo presenta como un periodista, publicista, pedagogo, divulgador; pero también fue un extraordinario comunicador político, que utilizó argumentos absolutamente desconocidos para la época, que transmitió a través de una forma de comunicación privilegiada. Tanto las *Memorias Olímpicas* como muchos otros de sus documentos presentan, de manera ejemplar en su género, una visión general del papel socio-histórico, político-económico y ético-cultural del cuerpo, y de cómo éste se convierte en un promotor y en un divulgador. Evidentemente, la asistencia a la *Ecole libre de Sciences Politiques* dejó una huella profunda en su preparación y especialmente en la formación de un particular 'punto de vista'; de igual modo los estudios clásicos le proporcionaron un punto de vista privilegiado que le permitió observar, entre el pasado y el futuro, el transcurrir del presente.

Más que un intento de renovación humanística, el suyo parece un esfuerzo de mediación entre el concepto clásico del uso/expresión del cuerpo y la corriente de entusiasmo que afectó a la burguesía europea de fortalecimiento y mejora del cuerpo; entre la ideología positivista de la primacía del cuerpo en la estructura del individuo y la ética del principio de rendimiento; entre la dinámica de la lucha social de la civilización de la máquina y el inmovilismo improductivo de la aristocracia; por último, entre el *homo faber* y el *homo ludens*. El deporte se convirtió para él en una especie de caballo de Troya para la propaganda de la cuestión social. En los deportes olímpicos se conectan múltiples dimensiones artísticas, incluyendo las

artes plásticas y visuales, la arquitectura y la literatura, el teatro, etc.; todas formas de comunicación política, y que conciernen tanto a los deportistas, como a los productores y a los aficionados a las obras de arte. Y tanto unos como otros, de hecho, resultan ser tanto emisores y como receptores de las formas de comunicación, es decir sujetos políticos. Aglutinador y contenedor, el contexto lúdico-agonístico en el que el cuerpo reina (¡finalmente!) soberano. La densa red de relaciones sociales, políticas y organizativas que Coubertin logra tejer con personalidades de todo el mundo le ayudarán a refinar su habilidad diplomática. Después de todo, sus *Memorias* se han definido como "el balance de una vida como embajador".

Parece que él mismo tenía la visión de nuevos "grandes caminos de comunicación mundial", una especie de distinción comunicativa entre la "geografía deportiva" y la "geografía política". Su comunicación política también se extendió a la Europa del Este, que gozó de su consideración. De hecho, parece que casi se puede vislumbrar en él un intento de formulación de una "gran Europa", o de una "Europa-neutral entre Oriente y Occidente".

El espíritu olímpico, de acuerdo con su punto de vista, oponiéndose a la "extensión" y al "deterioro de la insuficiencia intelectual del tiempo presente", tiene el poder de canalizar a través de la intelectualización de la comunicación política las banderas, los símbolos, la ritualización. El gesto atlético-deportivo hace del propio cuerpo, que lo ejecuta sí, pero que también lo interpreta, un comunicador político. Y en esto no se diferencia del atleta antiguo, cuya *performance* olímpica va más allá de la esfera privada, proyectándose en la dimensión de *anèr politikòs* de la propia *pòlis* de procedencia, del propio *ghènos* al que pertenece.

La comunicación política según Coubertin se produce debido a que, en tal situación, el cuerpo es, en cierto sentido, aliado y cómplice, e incluso, si queremos, portavoz, lo que explica la idoneidad de la difusión y propaganda de las actividades deportivas, con el objetivo de promover a nivel mundial el sentido de igualdad, moralidad, justicia, paz y comprensión; pero también el sacrificio y la abnegación, en contra del utilitarismo y la instrumentalización del deporte (y por lo tanto del cuerpo). Especial atención dedica a educar a la opinión pública, que se encuentra en un *vis à vis* con el espíritu deportivo, la estetización del deporte –y por lo tanto, de nuevo, del cuerpo– entendido como equilibrio, armonía, belleza, ritmo. En la reconstrucción de la 'belleza' deportiva, pretende educar en una reconstrucción ética del cuerpo. En última instancia, el esteticismo del deporte conduce a una estetización de la política.

2. El pedagogo

Es evidente que el modelo de referencia de P. de Coubertin –la palestra y el gimnasio de los antiguos griegos y la *paidèia*– es corroborado y actualizado con la ideología positivista de finales del siglo XIX, la cual estaba divulgando con cierto éxito la primacía del cuerpo en la 'estructura' del individuo. El nuevo Olimpismo debía así constituir "una escuela de nobleza y pureza moral". Pero, también, en el plano simbólico, estaba destinado a representar una festividad secular: el triunfo de los cuerpos. Debe tenerse en cuenta, en pocas palabras, que P. de Coubertin parte de un eclecticismo pedagógico inicial (el rigor de los jesuitas, el *Turnen* prusiano, el cientificismo positivista y el activismo de Thomas Arnold) para llegar lentamente a un proyecto educativo coherente. En el gran lapso de tiempo transcurrido desde la juventud hasta su muerte –en el que escribe y trabaja sin descanso– se pueden trazar, a grandes líneas, tres periodos: el decenio de 1883-1894, en el que investiga los modelos educativos que inspiran el proyecto de reforma de la educación secundaria para *rebronzer* la nación francesa.

A continuación tenemos un periodo de veinticinco años en los que madura y desarrolla teorías sobre la función del cuerpo en la educación global del individuo y donde formula indicaciones para una educación física relacionada con el desarrollo intelectual, moral y social. Por último, los años comprendidos entre aproximadamente 1918 y 1937, donde se dedica sobre todo a la promoción de la educación popular como una herramienta para proteger el equilibrio y, por lo tanto, la paz social.

En un momento en el que en toda Europa se discutían los planes para una reforma radical de la educación, él buscaba una manera de rejuvenecer Francia, en donde se creía que la base del dinamismo alemán se apoyaba sobre su costoso y ambicioso sistema de educación primaria, técnica y académica. En cuanto al resto, tanto él como los intelectuales que se encontraban en su órbita, tenían la creencia de que los triunfos de los británicos y los americanos eran atribuibles a sus sistemas educativos.

3. El entusiasmo por el modelo pedagógico anglosajón

Sus numerosos viajes, de forma privada, e incluso de forma oficial por encargo del Ministerio de Educación, le permitieron observar de cerca las teorías, procedimientos y resultados del modelo pedagógico anglosajón, en el que cree identificar la peculiaridad del *equilibrio como el* resultado de una cuidadosa armonía entre cuerpo y mente. Las escuelas de Inglaterra y de los Estados Unidos, inmersas en su mayoría en zonas verdes, permitían a los estudiantes dedicar una parte considerable de su tiempo a actividades de tipo lúdico-gimnástico, atendiendo tanto a la formación del carácter como del cuerpo. Estaba convencido de que allí residía la clave de este modelo educativo y se comprometió a importarlo a Francia. De ahí los numerosos escritos que ilustran los métodos pedagógicos ingleses y americanos; de ahí, la batalla por la recuperación –de forma revisada y actualizada– del antiguo gimnasio griego, “colmena de fuerza colectiva como de paz social”, como él le llamaba.

En particular, quedó fascinado por el sistema educativo de las *public schools* inglesas, y en especial de la de Rugby en la que, a través de la autogestión y el autocontrol en la práctica de los juegos deportivos, se forma la figura del *gentleman*, que en la llamada época victoriana intermedia representaba el perfil *areteico* ideal de la nueva generación. Anticipando largo tiempo las teorías formuladas, por ejemplo, por Harré, su rector T. Arnold se mostró convencido de que la correcta ejecución de las acciones cotidianas dependían de haber aprendido las normas no escritas de la vida social y cumplirlas. Por lo que los jóvenes de su escuela, destinados a ocupar posiciones de importancia en la futura sociedad inglesa, necesitaban aprender a fondo las normas adecuadas a su papel en las situaciones y contextos a los que estuvieran asignados, y también a las estructuras de referencia normativa y de modelos regulados y ajustados a sus expectativas.

P. de Coubertin, en perfecta armonía con él mismo, aumenta y reproduce este principio; junto, desde este punto de vista, con una continuidad con el pasado. En época griega y romana se confiaba en el papel educativo del *agòn* y del *ludos* como palestra y metáfora de los juegos sociales; ahora lo reemplaza el juego en equipo, innovación de época contemporánea, casi desconocido en la antigüedad, con ciertas excepciones, por ejemplo en un antepasado del *football* practicado por los soldados romanos durante las pausas en el combate, y exportados entre los galos y germanos: la sociedad ahora contempla roles de tipo fuertemente colaborativos, en un sistema que va abandonando aquel sistema jerárquico-piramidal y oligárquico de la antigüedad.

4. El Olimpismo: un estado de ánimo y un sentimiento religioso

Una de las principales preocupaciones del joven Coubertin en su lucha por restablecer los Juegos Olímpicos fue la incapacidad para hacerse entender; "nadie ha entendido nada", declaró abatido, cuatro años después de la primera presentación oficial de su proyecto seguido por una larga serie de conferencias, debates, escritos, y la primera edición de los Juegos Olímpicos modernos. E incluso lo repitió en la víspera de los Juegos Olímpicos de Londres de 1908. La mayoría todavía no entendía el verdadero significado del Olimpismo.

De hecho, una parte de la responsabilidad de esta incomprensión debe atribuirse a la falta de un apoyo filosófico teóricamente delineado por aquel que lo promovía. Desde que comenzó a hablar de Olimpismo por primera vez, y posteriormente, en diversos foros públicos y escritos, Coubertin nunca habló de ello de una manera sistemática; a veces parece coincidir con el atletismo, con énfasis en el ejercicio gimnástico y entrenamiento físico; y, sin embargo, veinte años después de la primera edición de los Juegos Olímpicos modernos, lo presenta como una especie de actitud del espíritu, argumentando que "no es un sistema, sino un estado de ánimo" (Coubertin, 1918). En él, hace referencia a los antiguos orígenes del Olimpismo y busca darle una especie de investidura simbólico-religiosa para sublimar, de hecho, la herramienta pedagógica cultural que ofrece la práctica gimnástica-deportiva y agonística codificada con precisas reglas sociales y morales. Sin embargo, en su reinterpretación de un principio filosófico-pedagógico arraigado en el pasado de la cultura clásica occidental, fenómenos y acontecimientos históricos fluctúan con el tiempo sin que existan argumentos rigurosos que impliquen una relación de causa-efecto real y convincente; se pone de manifiesto claramente una especie de sincretismo entre sus conocimientos/interpretaciones de la filosofía griega, algunos de los principios básicos del cristianismo, influencias de la escuela ecléctica de la filosofía francesa del siglo XIX, y un cierto cosmopolitismo democrático.

Insiste en el sentimiento religioso; dice que la *religio athletae* es "lo que acerca desde el punto de vista olímpico" las antiguas y las modernas Olimpiadas.

5. El Olimpismo, ayer y hoy

Incluso hoy en día, el intento de definición del Olimpismo escapa a los esfuerzos por delimitarlo, lo elude, y según sea el caso se descompone, corre el riesgo de vaciarse, se contradice. El hecho de que se presente como un conjunto de valores, con no poca frecuencia de forma antinómica aparente o real, ofrece la posibilidad de múltiples interpretaciones. Esto ha favorecido –y, a veces propiciado– malas interpretaciones, utilidades inapropiadas y abusos. Hasta cierto punto la idea olímpica ha contado con un consenso unánime sobre la aplicación del denominado movimiento Olímpico, sin que se hayan aportado elementos clarificadores que añadan algo adicional a lo que se entendía por Olimpismo. Mientras tanto, en un extraño cambio de roles (causa/efecto, teoría/práctica) ha sufrido ajustes, interpretaciones, adaptaciones. Todo ello iniciado por el mismo Coubertin, quien continuó halando y escribiendo sobre el tema hasta el final de su vida, tanto es así que el último de sus escritos, datado en 1936, lo titula *L'Olympisme moderne*.

Los principios rectores del movimiento olímpico son análogos a aquellos que el hombre apela en nombre de diversas ideologías, desde hace miles de años, al esfuerzo constante por lograr una mejor coexistencia. La interpretación que se ha hecho de esto por parte de la mayoría ha enfatizado la aplicación en la actividad deportiva, subestimando el resto de los

campos en los que puede convertirse en una herramienta educativa. Todo ello con con la pretensión, no obstante de buena fe, de haber interpretado el pensamiento de Pierre de Coubertin. Se trata de un considerable fallo histórico, de lo que deriva un gran malentendido. En realidad, nuestro barón había asignado un lugar central a los deportes de competición y a la actividad física en su diseño pedagógico, pero también tenía una convicción muy clara de que el Olimpismo interpreta al hombre en cuanto a entidad psicosomática y social, es decir, en su totalidad.

6. ¿Lo importante es ganar o participar?

El estímulo para buscar la excelencia ocupa, en la obra de P. de Coubertin, un desarrollo de gran valor ético, más allá de evidentes influencias darwinianas; de la indicación de Homero, "ser siempre el mejor y sobresalir entre los demás", recupera y difunde la promoción del aumento de la presión agonística; sin embargo, adopta como lema olímpico la famosa expresión del Padre Didon (*citius, altius, fortius*) instando así a la superación de metas mayores, pero señalando lo que para él es el verdadero objetivo: la superación de uno mismo. Que verdaderamente la haya pronunciado o no, esto es el sentido de la frase que le es atribuida: "¡Lo importante no es ganar, sino participar!". No se cansará nunca de repetir que "el movimiento olímpico tiene como objetivo contribuir a la construcción de un mundo pacífico y mejor, educando a la juventud a través del deporte"; valora así la competición justa en el campo deportivo como la más adecuada para llegar a conocer la propia capacidad y potencialidad mediante la comparación a nivel humano, más allá y por encima de cualquier tipo de diferencias. La confrontación, en cuanto a exhibición/verificación, pone en juego constantemente, y ejercita, la tensión hacia el propio crecimiento, y por lo tanto es en sí misma una victoria. La competición es un gran momento de lucha, aparentemente contra los otros, pero en realidad es sobretodo contra uno mismo, para extender siempre y cada vez más el confín de los propios límites. La necesidad de realizarse, esto es, de expresarse mejor, es tan urgente que puede arrastrar a una especie de éxtasis, de exaltación, hacia la conquista de la plenitud. Este es el significado de lo que los griegos denominan *filoponìa*, esto es, la actitud mental y conductual de amor por el esfuerzo *per se*, que encuentra su recompensa en sí mismo. De hecho, la verdadera victoria es la obtenida contra uno mismo; los otros deben ser sólo los interlocutores-instrumentos que verifiquen nuestro crecimiento (físico, intelectual, moral); no son enemigos a derrotar, rivales, sino testigos y participantes, y por lo tanto amigos, que –y porque– nos permiten calificar y cuantificar nuestro esfuerzo; así alimentamos el gusto por la victoria (*filonikìa*), ya que se logra en un ambiente de hermandad y empatía.

Coubertin hace propio el modelo agonístico perteneciente a la historia del pueblo griego, pero lo adapta según las exigencias culturales de la modernidad, y de acuerdo con una visión pedagógica en la que se muestra preocupado por el hecho de empobrecerlo con elementos contradictorios. Entiende que sin una comprensión clara por parte del atleta del papel –por otro lado determinante– que el oponente juega en su esfuerzo expresivo (y que él mismo juega en la confrontación con el adversario) corre el riesgo de alterar sus actitudes y sus habilidades, en perjuicio de la actualización efectiva de su credo deportivo, y termina por traicionar la esencia misma del Olimpismo.

7. La estética del cuerpo

No falta en el barón francés la atención 'estética' en lo que se refiere al cuerpo. ¿Hasta qué punto y en qué medida, tal atención es una expresión de los sentimientos y participa del culto a la belleza y la juventud (el mito político y pedagógico del efebo *kalòs kài agathòs*) que

impregnó el pensamiento y el estilo de vida de los antiguos griegos durante el periodo de mayor expresión de su cultura? ¿No se da en él la influencia más o menos consciente, del neoclasicismo que impregna el aire en una Europa a caballo entre el siglo XIX y el XX, y dentro de la cual se desarrolla el movimiento naturista que, sí, arraiga de forma extraordinaria en Alemania, pero no olvidemos, que nace realmente en Francia con la obra de Hébert (a su vez influenciado por Demeny)?. Es difícil de decir, porque los comentarios a este efecto realizados por P. de Coubertin son numerosos, y aparecen en muchos de sus escritos; en *Mémoires*, por ejemplo, habla de los atletas antiguos y modernos, cuyas almas "fueron similares y su juventud era un halo del mismo ardor primaveral de alegría muscular"; o incluso admira "al estudiante, feliz de estar vivo, que con su cuerpo revela los placeres del esfuerzo deportivo, fuente de esperanza y ambición para los jóvenes"; pero se trata siempre de frases en contextos secundarios, o incluso de relleno.

Los testimonios escritos sobre este tema en conferencias, artículos, ensayos, parecen una elaboración de una especie de 'carta de los derechos del cuerpo' como sujeto político (lo que significa mucho más que sujeto social). Resulta comprensible el empeño constante de Coubertin –que iría en aumento durante los últimos años de su vida– para que las instituciones hiciesen lo que debían para garantizar la salud y el bienestar a los hombres de todas las edades y clase social; esto es, también a través de la creación de 'espacios' adecuados y accesibles a todos, donde practicar la actividad física. Por lo tanto propugnará: la introducción a los niños y jóvenes en la educación física en las escuelas al mismo nivel que el trabajo mental, un equilibrio entre éste y el muscular, la reinstauración de los antiguos gimnasios, rediseñados y estructurados pero en clave moderna; y para los adultos la facilitación de la actividad física también a las clases populares (ya que en ese momento era un privilegio de las esferas sociales acomodadas de la sociedad anglosajona, y practicándose casi exclusivamente en costosos y elitistas *clubes* americanos o en alguna ciudad alemana atenta al progreso social).

Nos enseña que el deporte es algo que une el juego y el trabajo rechazando los extremos; y a través suyo se crea una línea de continuidad que permite y favorece los encuentros e intercambios de experiencias entre escuela, universidad y sociedad civil. Coubertin afirmará aún vehementemente, aunque su edad ya era muy avanzada, a sólo cinco años de su muerte, ante una audiencia 'globalizada':

“Somos de la opinión de que exista, para cada individuo, un derecho al deporte, y que sea la administración pública la que tenga que proporcionar, de la forma más gratuita posible, al ciudadano adulto los medios para alcanzar –y después mantener– una buena condición física sin que éste esté obligado, para obtenerlo, a adherirse a un grupo determinado” (Coubertin, 1932).